

# SANFERMINES DE SARASATE EN LA PERLA

Fernando HUALDE GALLEGO

fhualde@hotmail.es

Sobra decir que las fiestas de San Fermín y el Gran Hotel La Perla no tienen la misma edad; este último sería un niño, o una niña, respecto a las primeras si comparásemos la edad de ambos. Una vez sentada esta premisa, que era obvia, hay que decir que el centenario establecimiento hotelero, desde el mismo momento que abrió sus puertas allá por el XIX le tocó convivir con una nueva época de la historia de los Sanfermines, forjando desde entonces una historia paralela que crece y se desarrolla entremezclada.

La Perla, por iniciativa del matrimonio formado por Miguel Erro y Teresa Graz, abrió sus puertas como fonda en el mes de junio de 1881. Aquel mes y aquel año fueron los elegidos para echar a andar. Y exacta y caprichosamente aquel mes y aquel año fue cuando los Sanfermines dejaron atrás los carteles simplones en blanco y negro para dar paso a los carteles con dibujos artísticos y policromados. Algo así como si hubiésemos pasado en nuestras fiestas del blanco y negro al color.

Y, por si esto no fuera suficiente, ese mismo mes y ese mismo año, irrumpía en la historia de las fiestas de San Fermín un nuevo elemento, algo que llegó y ya no se fue. Nos estamos refiriendo al programa de fiestas, entendiendo a este no como un cartel gigante repleto de letras que se ponía en las esquinas principales, sino al folleto de mano, con tapas a color y de mayor gramaje que las hojas de su interior, que reproducía en portada el cartel oficial del año, y que nos informaba de todos los detalles, pormenores, precios y normativas de las fiestas en honor al santo mártir. Ahórrense los coleccionistas de buscar un programa de fiestas anterior a 1881. Fue a partir de junio de 1881 cuando cada persona tuvo la posibilidad de poseer personal e individualmente un programa de fiestas editado en formato cuadernillo.

A partir de ese mes y año, por tanto, hotel y fiestas unen sus destinos y se compenetran en recíproca simbiosis dejando que pasen los años, dejando también que pasen los siglos, y

forjando una historia sólida e indisoluble. Y esa historia tuvo, y tiene, unos hitos un poco más visibles que aquí vamos a repasar, y siempre sin olvidarnos que los Sanfermines en La Perla son algo más, que en este hotel son un cóctel de historia, recuerdos, vivencias, sensaciones... y mucho más.

En torno a las fiestas lo que había en el hotel, y lo sigue habiendo, era una gran familia de claro sabor cosmopolita; se entremezclan



clientes con décadas de fidelidad al hotel en sus espaldas, con empleados, y director. Una combinación perfecta, que se traducía, y traduce, en días de alegría, de servicio, y también de paciencia; paciencia con el mozo pamplonés que cuando más agobiado estás insiste en venderte un submarino amarillo, y al final acababas negociando el precio y el color; paciencia con el que venía a pedirte 500 habitaciones para él y sus amigos, y tenías que solventarlo preguntándole si quería que se las envolviese o si las iba a llevar puestas; paciencia con el chistoso de turno que entraba preguntando por Hemingway; con todos ellos paciencia, y siempre una sonrisa.

Y servicio. Servicio y ayuda al cliente que no sabe desenvolverse en una ciudad en fiestas; servicio y ayuda al cliente a quien la bebida no le acaba de sentar bien (acompañarle a

la habitación, pijama, y a la cama); servicio y ayuda a quien no estando en el hotel te solicitaba información sobre cambio de moneda, sobre consigna de equipajes, sobre cómo ir a una dirección determinada; servicio y ayuda a quien recurre a ti, después de que alguien se ha apropiado indebidamente de sus pertenencias, con la esperanza y con la necesidad de que le ampare; o simplemente servicio y asesoramiento al turista que pasa por la puerta y reclama información de la ciudad. Muchas veces no nos damos cuenta del papel que en este sentido desempeñan los hoteles durante las fiestas.



*Antigua imagen del Hotel La Perla.*

Y ha habido siempre clientes para todos los gustos. Desde el periodista taurino, hasta el que organizaba viajes espaciales en la cabina del antiguo ascensor; desde el que se dormía en la bañera, hasta el que a la hora de la siesta bajaba a darle un billete a los de la txalaparta para que se fuesen a otro lado; o desde el escritor de novelas hasta el famoso –o famosa– que iba de incógnito.

Así son y fueron los Sanfermines más inmediatos en un hotel con la recepción a pie de ca-

lle, y en plena Plaza del Castillo. Podríamos echar la vista hacia atrás, desde el siglo XXI hasta el XIX, y asombrarnos ante las vivencias sanfermineras de este hotel, por cuya fachada trasera, por ejemplo, han pasado ya más de 5.000 toros corriendo camino de la plaza; que se dice pronto.

La Perla es historia sanferminera. Daría para un extenso libro si la abordásemos en su conjunto. Allí está la figura de Ernest Hemingway pese a que ahora algunos le ponen curioso empeño en cuestionar su presencia en este hotel y en decir que los recuerdos de tantas y tantas personas son mera invención; allí están figuras taurinas de la talla de Frascuelo, Mazantini, Cayetano Ordoñez, Juan Belmonte, Manolete, o Pablo Hermoso de Mendoza, por citar tan solo a algunos de los más emblemáticos de todos los tiempos; allí están directores de cine, actores, músicos... ¡y lo que ha de venir todavía!

Pero hoy, con el permiso del lector, nos vamos a detener en el paso por este establecimiento, de uno solo de estos personajes, de uno entrañable para todos, de uno que se diferencia de los demás en que... él, era de casa. Su nombre artístico: Pablo Sarasate; para todos Don Pablo.

**D**ESDE 1886

El personaje no necesita presentación, y mucho menos entonces, en su época, cuando su liderazgo en el ranking mundial de popularidad era incuestionable.

La presencia de Sarasate en los sanfermines, como violinista, data de 1876; desde entonces acudió a las fiestas de Pamplona de forma ininterrumpida –excepto en 1884– hasta el año 1908. Los doce primeros años Sarasate se hospedó en la Fonda Europa, del Paseo de Valencia –hoy Paseo de Sarasate– en donde ya entonces, empezó a arraigar la costumbre entre los pamploneses de acompañarle después de sus actuaciones hasta la fonda entre gritos y aclamaciones de ¡Viva Sarasate!, a los que él correspondía con “vivas” a Navarra.

Fue en el año 1886, al atardecer del 6 de julio, cuando don Pablo se hospeda posiblemente por vez primera en la Fonda La Perla, recientemente reformada tras un pequeño incendio, y en la que mantenía una gran amistad con la dueña y fundadora, doña Teresa Graz.

La ciudad de Pamplona recibió con todos los



## Sanfermines de antaño



*Pablo Sarasate saludando desde el balcón del Hotel La Perla.*

hombres a toda la representación musical que vino a las fiestas. Pablo Sarasate vino acompañado del pianista (y secretario suyo) **Otto Golschmitz**, de **Emilio Arrieta** (director del Conservatorio Nacional de Música), de **Ruperto Chapí** (compositor), y de **Manuel Pérez** (Director de la Orquesta del Teatro Real). Les recibieron en la estación las comisiones del Ayuntamiento y de las sociedades de recreo, quienes acompañaron al eminente violinista y a sus acompañantes, todos ellos de gran prestigio, hasta la fonda. Delante de don Pablo y de las autoridades iban las charangas de música. Con tal motivo se reunió en la plaza del Castillo numerosa concurrencia. Una vez instalados en la fonda, los visitantes fueron obsequiados con una serenata por la banda militar del Regimiento de la Constitución, contratada por la industria y el comercio, y por la música de la Casa de la Misericordia.

En días sucesivos se incorporaron a estas otras figuras musicales como **Dámaso Zabalza**, **Joaquín Larregla**, o **Felipe Gorriti**. La prensa provincial no se pone de acuerdo sobre la presencia en La Perla y en las fiestas del tenor **Julián Gayarre**, si bien en crónicas escritas años más tarde se relata con detalle cómo en 1886 se habían reunido en La Perla las mejores figuras musicales del momento, con Sarasate y Gayarre como figuras más universales.

Fue a partir del año siguiente, consolidada más aún la popularidad de Sarasate, cuando tras su llegada ofrecía a sus admiradores el primer concierto desde el balcón. Acostumbraban a ser miles las personas que se reunían delante del hotel para escucharle al violinista su primer concierto, un concierto

dedicado gratuitamente a esa ciudad que le recibía multitudinariamente, que le arropaba, y que una y otra vez le mostraba su fidelidad incondicional.

La llegada del insigne violinista a Pamplona se dice que llegaba a ser más popular y tumultuosa que la misma procesión de San Fermín. Acostumbraba a hacerlo a finales de junio o a más tardar en los primeros días de julio.

El doctor José Joaquín Arazuri describe muy bien la llegada de don Pablo:

*"La entrada en la ciudad, en general al oscurecer, se efectuaba por el portal Nuevo, precediendo a la comitiva una de las bandas militares de la Plaza, los gaiteros, y numerosos jóvenes portando hachas de viento. Las autoridades y las representaciones de los casinos acompañaban al artista. La multitud, apiñada en el trayecto que había de recorrer la comitiva, se desgañitaba en vítores y ovaciones al más grande violinista de aquella época".*

*El trayecto se iluminaba con bengalas, generalmente de luz roja, que con espectrales y cálidos tonos pintaban a una multitud enfebrorizada ante su ídolo que despreciando lucrativos contratos venía a recordar con cariño las horas que vivió en su lejana infancia.*

*La comitiva, al llegar a la altura de la iglesia de San Lorenzo, se introducía en la calle Mayor, para recorrer después las calles de Bolserías, Plaza Consistorial, Mercaderes, Chapitea, y Plaza del Castillo.*

*La llegada a dicha plaza –sigue narrando Arazuri– era la culminación de tan apoteósico recibimiento. La entrada en el Hotel La Perla, generalmente a hombros de sus admiradores*

–después de ser apretujado, abrazado y sofocado- era para don Pablo el fin de un largo y fatigoso viaje, compensado por el cariño que le demostraban sus paisanos”.

Doña Teresa Graz, dueña y propietaria del Hotel La Perla, que era la única en conocer, en los años que fue incógnita, el secreto del día de la llegada, se encargaba de que su habitación estuviese lista para el encuentro anual con el artista. Don Pablo se bañaba y mudaba, al mismo tiempo que la multitud que le había recibido se agolpaba en la pla-



*Pablo Sarasate saliendo del Hotel La Perla.*

za, frente al hotel, a los gritos de ¡que salga!, ¡que salga!..., gritos que cesaban cuando Sarasate se asomaba al balcón y, una y otra vez, saludaba agradecidamente a los allí congregados.

En ese mismo balcón, instantes después – pues así lo esperaba la ciudad- dedicaba Pablo Sarasate su primer concierto a la ciudad de Pamplona, su ciudad natal, la que le idolatraba; y así, los adultos de pie, y los niños sentados en el suelo de las primeras filas, se deleitaban en sepulcral silencio escuchando al internacional número uno del violín. Los balcones de La Perla se convertían en tribuna y escenario, haciendo de la plaza del Castillo el auditorio más soñado y esperado por don Pablo en sus continuas y brillantes giras por Europa. Allá se le pagaba con dinero, aquí con afecto y amor.

Después de su espontánea primera actuación sanferminera se retiraba don Pablo a su cuarto, para posteriormente cenar con doña Teresa y sus hijos –Víctor e Ignacia-. “¡Qué calor, Dios santo!”, solía decir el violinista pensando, sin duda, en el ajetreo de las siguientes jornadas. Mientras tanto, y hasta bien entrada la madrugada, bandas y charangas merodeaban las puertas del hotel dedicando todo tipo de cánticos al eminente músico.

Eran sus fans.

Al día siguiente, por la mañana temprano, a pesar de no ser don Pablo muy religioso, lo primero que hacía al salir del hotel era visitar primero a Santa María La Real (entonces Virgen del Sagrario), en la Catedral, y después al santo patrono San Fermín, en su capilla. Y es que Sarasate, a pesar de ser un trotamundos –casi un agnóstico-, como buen pamplonés siempre guardaba en su corazón un hueco importante para las devociones populares de su pueblo, que de seguro sus padres con tanto cariño le habrían inculcado en su niñez.

Pero justo es decir que para don Pablo no todo fueron amigos en su ciudad natal, pues no faltó quien, en 1900, desde un periódico local acusó a Sarasate de que venía a Pamplona “para regar su amor propio”. La noticia le llegó al acusado, y ese año, pese a que se le pidió que anunciase su llegada, llegó discretamente en un coche hasta la puerta del hotel. Por primera vez desde hacia varios años no hubo entrada triunfal. Cuando se enteró el consistorio de que Sarasate estaba ya en la ciudad se organizó, como muestra de afecto, y en señal de desagravio, un “zezenzusk” (toro de fuego) y un baile en la plaza del Castillo; miles de personas se concentraron ante el hotel para vitorearle y para mostrarle su más profundo cariño. El Orfeón Pamplonés se adhirió al acto obsequiando al artista con una brillante actuación. En aquellas fiestas muchísimos pamploneses se colocaron en sus solapas pequeñas fotografías del admirado Sarasate.

### **H** IJO PREDILECTO

En el pleno municipal que el consistorio pamplonés celebró el 10 de febrero de 1900, el señor Utray –concejal-, presentó la siguiente propuesta:

*“El concejal que suscribe tiene el honor de proponer al Excmo. Ayuntamiento se sirva acordar el nombramiento de Hijo Predilecto de Pamplona al eminente artista Excmo. Sr. Don Pablo Sarasate y Navascués”.*

El Ayuntamiento, recogiendo el sentir popular de la ciudad aprobó por unanimidad la moción presentada por el señor Utray; y así se lo hizo saber al galardonado enviándole el siguiente telegrama:

*“Pablo Sarasate, Plaza Malesherbes, 5 principal. París.*

*Con motivo creación Museo Sarasate, y*



## Sanfermines de antaño

cumpliendo deseos anteriores, este Ayuntamiento en sesión celebrada hoy, ha acordado por unanimidad declarar a V.E. Hijo Predilecto de Pamplona. Tengo gran satisfacción de comunicarlo a V.E.

*El Alcalde accidental, Lazcano".*

Sin embargo, el incidente periodístico reseñado anteriormente impidió ese año la preparación del acto de entrega de este título. Tuvo que ser dos años más tarde, en julio de 1902.

El esperado momento, debidamente anunciado en el programa de fiestas, tuvo lugar en la tarde del día 6 cuando el Ayuntamiento, después de asistir a las vísperas, se dirigió al Hotel La Perla en donde se hospedaba Sarasate para proceder a la entrega solemne del pergamino que acreditaba a don Pablo como Hijo Predilecto de su ciudad natal.

La corporación hizo su entrada en el edificio a las siete menos cuarto de la tarde, quedando en el exterior –como es lógico– la banda de música y la comparsa de gigantes y cabezudos. En la misma recepción del hotel esperaba Sarasate, acompañado de su familia y de sus amigos, a los mandatarios de la villa. Tras el saludo y las presentaciones la comitiva se acomodó en uno de los salones dando comienzo a la ceremonia.

Primero fue el discurso del alcalde, señor Viñas, quien rememoró su participación años atrás en el acto de colocación de una lápida conmemorativa en la casa natal del violinista. Tuvo palabras emotivas y sinceras, “salidas del alma” dijo él, acabando su discurso con la solemnidad que el momento requería: “Por eso, en nombre del pueblo de Pamplona, tengo el alto honor de entregarle este pergamino al Hijo Predilecto de esta ciudad, de la que era ya hace mucho tiempo, no hijo querido, sino hijo idolatrado”.

Respondió brevemente Sarasate, profundamente emocionado, agradeciendo tal galardón y dando las gracias a la ciudad: “me enorgullezco, pues, de pertenecer a la noble raza navarra, y solo quisiera mostrarme digno del tributo tan altamente honroso y glorioso de ser hijo predilecto de Pamplona, que toda mi vida ostentaré con entusiasmo, pues quiero que brille en mi escudo el preciado dictado de pamplonés, navarro y español”. Seguidamente se hizo entrega del pergamino, obra del pintor Manuel Salví.

Fue obligada la presencia de Sarasate y de las autoridades en los balcones de La Perla, siendo aclamado el primero, que estaba es-

collado por dos maceros, por algo más de 6.000 personas. Desde esa atalaya don Pablo pudo escuchar a la Orquesta Santa Cecilia y al Orfeón Pamplonés interpretar conjuntamente el *Himno a Sarasate*, compuesto por el maestro Villa.



*Título de hijo predilecto de Pamplona, conservado en el Ayuntamiento de la ciudad.*

### UGADOR DE MUS

**J** De la vida hotelera de don Pablo no se conocen muchos detalles; pero sí los suficientes para hacernos una idea de su carácter.

Don Pablo destacaba en el hotel por su afición a jugar al mus. En el comedor que había entonces en el primer piso pasaba todos los días sus buenos ratos jugando al mus con los amigos. Su mala suerte en el juego era tan grande como su afición a jugar, o lo que es lo mismo: siempre perdía.

Sucedió en una ocasión –y precisamente por suceder solo en una ocasión es reseñable– que la suerte le acompañó, y quiso la fortuna que esa mañana ganase don Pablo la cantidad de... ¡2 pesetas! Loco de contento acudió a la dueña del hotel y le exclamó: “¡doña Teresa, a mí me podrán discutir de música,

pero no de jugar al mus!". Y como consideró que ése era su día de fortuna le pidió a doña Teresa que le cosiese el "pesetón" en su chaqueta de violinista, en el sitio exacto donde debía apoyar el instrumento. Y es así como esa tarde acudió don Pablo al teatro y dio su concierto. Estuvo más brillante que nunca.

Tenía fama igualmente de ser una persona excesivamente generosa, y así se lo demostraba a cuantos iban a visitarle al hotel; lo mismo daba que el visitante fuese conocido que desconocido. A todos obsequiaba, bien con un puro o bien con un vasito de vino y unas ricas pastas. Numerosos eran pues sus visitantes, y cuantioso, por lo tanto, el importe de la factura del hotel. Cuenta José Joaquín Arazuri que en una ocasión al pagar la factura en la recepción del hotel dijo a un amigo suyo: "Vaya, me ausento de Pamplona. Voy a ver si trabajo para poder pagar la factura del próximo año...".

### ÚLTIMAS FIESTAS

Finalmente visitaría Sarasate el hotel por última vez en las fiestas sanfermineras de 1908. Don Pablo, el gran protagonista de este año, llegó a la ciudad en la noche del 1 de julio, sin bien, ya desde el mediodía, se celebraba su llegada con cohetes y gaiteros. La recepción fue multitudinaria. Como ya era costumbre vino acompañado de la pianista Berta Marx y del marido de ésta Otto Goldschmit, alojándose todos ellos, como ya era costumbre ininterrumpida desde 1886, en el Hotel La Perla, en la céntrica Plaza del Castillo.

El Orfeón Pamplonés, con el fin de dar más realce a estas fiestas en su honor, editó una revista titulada *Sarasate*, que salió a la venta el 4 de julio después de que una comisión obsequiase al violinista con varios ejemplares.

Pero el día importante era el 12. Era el día que la ciudad había elegido para homenajear a su Hijo Predilecto. La noche anterior fue obsequiado por la rondalla aragonesa Pignatelli con una serenata bajo los balcones de La Perla; entre las muchas cosas que le contaron se pudo oír esta jota: "La Rondalla Pignatelli / imos venido a rondar / a Sarasate y a Berta / y a Pamplona en general", o aquella otra que decía: "Igual que a la Pilarica / i pedido a San Fermín, / viva siempre Sarasate /

porque es el rey del violín".

El momento solemne vino en la mañana del 12, durante el concierto matinal. Tras la brillante intervención de Sarasate -¿quién iba a sospechar que ésta habría de ser la última?- se procedió, por parte del Ayuntamiento, a la entrega y colocación a don Pablo de las insignias de la Orden Civil de Caballero de la Gran Cruz de Alfonso XII. Seguido a este emotivo momento, y situado Sarasate en el palco de honor del consistorio, el Orfeón Pamplonés -bajo la dirección del maestro Ricardo Villa- interpretó el *Himno a Sarasate*. Aquella tarde el insigne violinista ocupó la presidencia en el coso pamplonés.

A la una y veinte de la tarde del día 14 Sarasate abandonaba Pamplona, en dirección a Biarritz. El alcalde, como si intuyese algo, instantes antes de partir el tren, obsequió simbólicamente a don Pablo con una medalla de concejal pamplonés.

Don Pablo montó en aquel tren más orgulloso que nunca, conmovido por todo lo que había vivido en esos días tan intensos. Era hombre de sensaciones. Y esas fiestas de 1908 habían sido muy especiales para él. Más especiales de lo que él creía. Dos meses después, en Biarritz, un 20 de septiembre, el más grande violinista de la historia nos abandonaba para siempre. Se trataba tan sólo de un abandono físico.

Con don Pablo Sarasate escribe el Gran Hotel La Perla una página de su historia. Se han pasado después, igual que se pasaron antes, otras muchas páginas -y no menos importantes-, pero, hay que reconocer que ninguna tan entrañable para La Perla como ésta. ■

